



Recuerdo mi primer día en la universidad como si fuera ayer. El acto de inauguración del curso 1985-1986 fue solemne y más para un joven que no había vivido esas tradiciones de cerca. El desfile de los profesores revestidos, con sus mucetas y birretes de variados colores; la música con sabor a saber; la primera lección académica de un catedrático; el discurso del rector explicando el papel de la institución en la sociedad, el coro interpretando el Gaudeamus igitur, que escuchaba por primera vez... Las autoridades de la capital de provincia donde estudiaba representaban su papel de apoyo a la institución, empresarios y «población civil» reconocían con su presencia la importancia del saber en el desarrollo económico y social; y el claustro de profesores parecía un ejército del conocimiento dispuesto a dar una batalla más por el progreso, por discernir con juicio afilado las ideas interesantes de las menos, por con-

RECUERDOS PRESENTES
FERNANDO MARTÍNEZ VALLVEY
PERIODISTA

EL EJÉRCITO DEL SABER



seguir ganar terrenos para la libertad espiritual y material. Ese primer día me impresionó mucho y modificó mi idea de qué era la universidad: no solo un lugar para aprender, sino un sitio para cambiar el mundo. Nuestro mundo.

Salamanca tiene el sano de orgullo de contar entre su historia, no solo batallas como la de los Arapiles, no solo a personajes históricos como la reina Berenguela -madre del gran San Fernando III-, o los Maldonados, o Julián Sánchez el Charro... Salamanca tiene el sano

orgullo de contar ocho siglos ininterrumpidos de búsqueda de la verdad, de pasión por el ser humano que desea conocerse y conocer lo que le rodea, que desea -sí, también- dominar el mundo en el mejor sentido de palabra. Salamanca tiene el orgullo de poder decir que sus universidades son de las primeras en recibir tales nombres en Europa, que en determinado momento altos funcionarios de los reyes y del catolicismo se formaron aquí, escucharon a Fray Luis de Granada, a Francisco Salinas... Salamanca

tiene el orgullo de haber contado con un rector como el bilbaino Miguel de Unamuno y Jugo.

Cada territorio en el planeta sabe de qué puede vivir: extensas zonas del centro de Estados Unidos o de Ucrania de la agricultura, los territorios ricos en minerales de extraer a la tierra sus tesoros, las zonas marítimas de lo que proporcionan nuestras aguas, así como sabemos que Detroit es la capital mundial del automóvil, por ejemplo. Salamanca tiene un ADN específico, como pocas ciudades en el mundo. Como territorio grande puede vivir de una excelente oferta alimentaria y como ciudad, del turismo; pero como espíritu -porque toda ciudad tiene su espíritu- debe vivir del pensamiento, del conocimiento, de la investigación, de la comunicación de saberes. Una forma de vida que necesita, como en otros ámbitos profesionales, del apoyo de las instituciones públicas.

Esta semana hemos vivido las inauguraciones de los cursos de la

Universidad de Salamanca y de la Pontificia. Hemos escuchado las reivindicaciones de sus rectores, y hemos oído las promesas de la máxima autoridad política de la Comunidad Autónoma. Desde mi punto de vista, para Salamanca la Consejería más importante debería ser la Educación, la que le permitiera crecer y hacer crecer a Castilla y León, al mundo, porque ser universidad es ser universal. Los anuncios del presidente deberían ser el pan nuestro de cada día para que muchos jóvenes estuviesen dispuestos a vivir siete u ocho años de formación completa en sus aulas, para que muchos investigadores quisieran colaborar con los equipos salmantinos, para que saliesen cada día más patentes y proyectos de sus laboratorios, para que más creadores quisieran debatir por sus pasillos sobre una nueva América, como hace 400 años. En definitiva para que ese ejército del saber pueda afrontar el futuro, a partir de este presente.